



**EMIGRACION ITALIANA EN AMERICA LATINA Y EL REDES-  
CUBRIMIENTO ITALIANO DE CANARIAS**

**MARCELLO CARMAGNANI**

Decenios antes que se iniciase el flujo emigratorio hacia las Américas existe en Italia un notable interés por las áreas americanas en general y por las latinoamericanas en especial. A diferencia de cuanto aconteció a lo largo del siglo XVIII y de los primeros decenios del siglo XIX, cuando el interés era esencialmente fundado en los elementos exóticos, en el curso de la segunda mitad del siglo XIX comienza a desarrollarse un interés de tipo utilitario. Por algunos decenios aún la imagen italiana de América fluctuó entre el mito y el conocimiento subjetivo. Este último, que era el resultado del conocimiento subjetivo. Este último, que era el resultado del conocimiento de la realidad latinoamericana por parte de individuos aislados —como lo fueron los viajeros— alcanzaba el público indirectamente. La realidad transoceánica, filtrada por la subjetividad del relator, terminaba por ser reelaborada en seguida por el lector a la luz de su conocimiento preexistente.

En el curso de la segunda mitad del siglo XIX, la realidad de la emigración masiva impuso un modelo de conocimiento diferente, adecuado a la vastedad del nuevo problema. Nació así la necesidad de un conocimiento de los países americanos y de los puntos intermedios entre Italia y América hacia los cuales se orientaba o transitaba una buena parte de la emigración. Empieza a imponerse así un vínculo que no existía antes: el conocimiento objetivo tiende a orientarse esencialmente hacia los sectores de la sociedad, de la economía y de la política latinoamericana vinculados con la emigración<sup>1</sup>.

Una de las obras que permite comprender mejor la transición desde una visión subjetiva a otra de tipo utilitario es sin lugar a dudas la de Paolo Mantegazza, quien facilita al público culto italiano la posibilidad de establecer un nexo entre el mundo lejano y extraño de América y el mundo europeo y lo hace utilizando —tal vez en

1. Sobre la visión italiana, cf. M. CARMAGNANI; G. CASETTA: *La imagen de América Latina en Italia en los siglos XIX y XX*, "Estudios Latinoamericanos" (Varsavia), 1980, n. 6, pp. 55-62.

modo inconsciente— la descripción de un punto intermedio entre Europa y América que él individualiza en Canarias.

Para comprender la operación de «acercamiento» de la realidad americana realizada por Paolo Mantegazza, es menester recordar que todavía a comienzos del siglo pasado las áreas extraeuropeas aparecen asociadas a una reminiscencia literaria o histórica. De Canarias se tenía una imagen que asociaba el archipiélago a las Islas Afortunadas, es decir, la idea de una antigua y perdida felicidad o la de un lugar donde poder desarrollar un proyecto utópico. Ahora bien, si se toma en cuenta que desde mediados del siglo XIX el número de navios italianos que se dirigen hacia el Brasil, el Río de la Plata y los países de la costa del Pacífico Sud, recalán en Canarias, se entiende la operación cultural orientada a establecer que el mundo americano es un mundo real, con sus conflictos y sus equilibrios, necesita contemporáneamente que se cancele la vieja imagen de Canarias como las Islas Afortunadas.

\* \* \*

Es a la luz de estas consideraciones que debe ser visto el libro de Paolo Mantegazza, *Río de la Plata e Tenerife*, publicado <sup>2</sup>.

Por el número de ediciones de la obra, estamos pues en presencia de un *best seller*, que se debe explicar en algún modo. En efecto, son rarísimos los casos que este tipo de literatura haya tenido en Italia en este período más de una edición y, lo que es más raro aún, es que el interés se haya mantenido a lo largo de un decenio.

El interés suscitado por esta obra depende, en primer lugar, de la personalidad del autor. En efecto Paolo Mantegazza fue una persona de mil actividades, múltiples intereses y, por cuanto nos concierne directamente, un hábil escritor que sabía presentar los temas americanos y canarios en modo claro y eficaz. Este interés por la divulgación es recordado por él mismo en un escrito autobiográfico de los últimos años de su vida, en el cual relata como su primer tentativo de escritor fue un texto de divulgación de la química.

De la vida de nuestro autor, poco sabemos en detalle. Como buen hijo de la burguesía de Milán, hizo sus estudios en el liceo y en seguida en la Universidad de Pavía, donde estudia medicina. En 1854, apenas recibido de médico, se dirige a la Argentina donde ejerce su profesión en la región de Entre Ríos. Aprovecha de su estancia en Argentina para recorrer el país, deteniéndose en Santa Fe, Santiago

2. El título completo es: *Río de la Plata e Tenerife. Viaggi e studi di P. Mantegazza*, Brigola, Milán, 1.ª edición, 1867; 2.ª ed., 1870; y 3.ª ed., 1877.

del Estero, Córdoba, Tucumán, Salta, y llegan hasta Bolivia. En 1857 lo encontramos en Buenos Aires, donde enseña medicina en la Universidad. En 1858 regresa a Italia y el año siguiente obtiene la cátedra de Patología médica de la Universidad de Pavía. En esta Universidad organiza el primer laboratorio de patología en Italia. En 1861 y 1863 regresa a Argentina por un breve período y es en esta ocasión que permanece por dos meses en Canarias.

El resultado primero de sus peregrinaciones es la obra *Sull'America meridionale. Lettere mediche*, publicada en Milán en dos volúmenes entre 1858 y 1860. En esta obra describe las enfermedades y sobre todo las formas populares de curación en las provincias internas de la Argentina. Muy pronto comprendió la necesidad de expandir este estudio y de hacerlo más accesible al gran público. Algunos de los argumentos tratados son retomados en efecto en su *Río de la Plata e Tenerife*. Su elección como diputado por el distrito de Monza, su ciudad natal, en 1865 favorece la primera edición de este libro, que es de 1867.

En 1870, siendo aún diputado, cargo que ocupará hasta 1876, abandona la cátedra de patología para ocupar la cátedra de Antropología, la primera creada en Italia. En efecto, sus intereses científicos eran centrados en la antropología que según su formación y convicción positivista, era la disciplina que mejor sintetizaba la investigación médica con la investigación social. Junto con esta actividad, Mantegazza emprende una meritoria labor de divulgación higienista, que se traduce en la publicación de un anuario de higiene popular que sigue publicándose hasta 1902. Su nombramiento como senador en 1876 coincide con la tercera edición de su *Río de la Plata e Tenerife* y con la publicación de su *Il dio ignoto*, relación sobre la vida política argentina. Paralelamente a esta actividad, emprende la labor de organización del museo de antropología y de etnografía de Florencia y funda la sociedad italiana de Antropología que, a partir de 1871, edita el *Archivio di Antropologia ed Etnologia*<sup>3</sup>.

Esta reconstrucción de las actividades de P. Mantegazza no tiene un fin exclusivamente biográfico. A través de ella, se trata de recuperar algunos elementos que permitan descubrir los motivos de la popularidad de una obra como *Río de la Plata e Tenerife* y el signi-

3. La vida y obra de Paolo MANTEGAZZA ha sido reconstruida a partir de sus libros autobiográficos, *Ricordi politici di un fantaccino del Parlamento italiano*, Bemporad, Florencia, 1897 y *Il primo passo. Note autobiografiche*, Villani, Napoli, 1916, y los datos contenidos en M. ROSI (ed.): *Dizionario del Risorgimento nazionale*, Vallardi, Milán, 1933, vol. III, p. 475 y en D. PETRIELLA; S. SOSA MIATELLO: *Dizionario biografico italo-argentino*, Asociación Dante Alighieri, Buenos Aires, pp. 416-417.

ficado que esta popularidad pudo haber tenido en la nueva imagen de Canarias y de Argentina en Italia.

Lo que hasta ahora hemos dicho permite descubrir algunos elementos: el primero, que existe una fuerte interrelación entre la popularidad del autor —parlamentario, catedrático, hombre de cultura, etc.— y la fuerte aceptación de su obra y, el segundo, que la popularidad de la obra coincide con un arco temporal durante el cual era más viva y más apremiante la necesidad de reestructurar la imagen de las Américas. Dicho con otras palabras, la obra aparece en un momento en el cual la opinión pública italiana —que coincide en esos momentos con los grupos burgueses— reclama información concreta y no fantástica sobre la realidad hacia la cual tendía un número creciente de italianos.

\* \* \*

Uno de los críticos de Mantegazza, el naturalista Pellegrino Strobel que viajó en los mismos años por Argentina, criticó *Río de la Plata e Tenerife* por el tono optimista de las descripciones <sup>4</sup>.

El tono optimista es, en verdad, uno de los elementos que explica la larga aceptación y la relativa popularidad de esta obra, pues tranquilizaba buena parte de la opinión pública que veía en la liberalización de la emigración la posibilidad de reducir el pauperismo de las masas rurales italianas. El tono optimista es, pero, el resultado de una técnica expositiva basada en la formulación de juicios concretos y en la facilidad descriptiva, lo cual conduce a una aproximación por esquema. Así nos dice que «El argentino es parco, valiente, alegre; es pueblo de pastores y soldados democráticos. El chileno es más serio, más industrial, más aristocrático; es pueblo de agricultores y comerciantes. El Paraguayo es paciente, sometido, habilísimo en las artes mecánicas. El Boliviano es dialéctico, taciturno, desconfiado; es pueblo de abogados y mineros. El Peruano es derrochador, sin preocupación, lleno de fantasía y escepticismo» (p. 26). Como puede verse, el autor proporciona una información (ej. argentino parco) y en seguida asocia la información a un referente con un significado unívoco (argentino  $\longleftrightarrow$  pastor). Por medio de esta técnica, el lector obtiene nuevos conocimientos partiendo de una noción familiar. A través de este mecanismo es posible, incluso, criticar el eurocentrismo: «no queremos en estas primeras páginas de nuestro libro entrar en los datos menudos, sino tan sólo dibujar los lineamientos de una

4. P. STROBEL: *Viaggi nell'America meridionale effettuati negli anni 1865-1867*, Loescher, Turín, 1869.

sociedad poco conocida entre nosotros, demasiado despreciada por la soberbia europea» (p. 24).

La comprensión es facilitada insistiendo más sobre lo que une que sobre lo que separa y diferencia. Así nos dice: «De poco tiempo a esta parte ha nacido en América una verdadera fiebre de conocimiento... cada año los ricos y los gobernantes envían a Europa muchos jóvenes a educarse... El viaje a Europa es el sueño de todo americano con un mínimo de fantasía y un palpito de ambición» (p. 37), lo cual, dicho con otras palabras, significa recordar que americanos y europeos hacen idealmente parte de una misma comunidad de intereses. Desaparece así el exotismo, y las tierras allende el océano terminan por caracterizarse por su tendencial europeidad y por la potencial italianidad.

La necesidad de tranquilizar el lector empuja a Mantegazza a ofrecer una explicación del por qué solamente a partir del siglo XIX los países americanos se caracterizan por la tendencial europeidad. El esquema explicativo no difiere, en este caso, de los intentados por otros autores europeos: el pasado colonial y especialmente el hecho de haber sido colonia de España se configuran como los elementos frenantes por excelencia. Una vez rotos los lazos con este pasado, como hace —según nuestro autor— Argentina, los países americanos podrán progresar, gracias a la contribución intelectual y comercial europea.

Estamos así en presencia de un esquema explicativo que se entronca con la leyenda antiespañola difundida a nivel europeo y de la cual no estaba exenta, obviamente, la cultura italiana de la época. Es pero importante notar cómo este lugar común es ahora utilizado utilitariamente. En efecto, hasta el siglo XIX el lugar común antiespañol tiene un acento casi exclusivamente ideológico, mientras a partir de la segunda mitad del siglo XIX empieza a ser utilizado como un pretexto para presionar a los países americanos «atrasados» por el pasado colonial hacia una apertura al comercio y a la cultura europea. Nace así un tenue sentimiento de «misión», que constituirá la justificación política e ideológica de la emigración dada por la clase dirigente italiana.

En síntesis, la fortuna de la obra de Mantegazza se explica por participar de una tendencia orientada hacia la reestructuración del input informativo preexistente, hacia el adiciónamiento de nuevos elementos y hacia la recretación de una imagen europea y moderna de América.

Solo teniendo en la debida consideración cuanto se ha dicho rela-

tivo a la técnica expositiva que caracteriza la obra de Mantegazza, se puede comprender como sus descripciones sobre los juegos, las fiestas, etc., sirvan para ilustrar la dimensión social más significativa de la Argentina de los años de 1860, caracterizada por la ruralidad, la regionalización del país, el gaucho, la vida político-social y la contribución de las colonias agrícolas extranjeras. A través de ellas se trata de estimular, indirectamente, una corriente de simpatía entre Argentina e Italia.

Significativos en este sentido son los consejos que proporciona a los que viajen por el interior de la Argentina, contenidos en su capítulo XXV, o los consejos prodigados a los colonos en su capítulo XXXIII. Este sentimiento es explícitamente subrayado por el autor en el prólogo a la primera edición: «No solamente a nivel comercial comienza y termina el intercambio entre dos naciones que se conocen y aprecian. Tenemos además el intercambio de las simpatías y de los afectos: tenemos ya en Italia muchos ciudadanos italianos que deben la mitad de la sangre a mujeres argentinas y en Buenos Aires vemos en el pueblo una buena participación de sangre que es nuestro y del mejor. Son estas las semillas de las cuales madurará más tarde la fraternidad universal» (p. 13).

La obra de Mantegazza es así un óptimo ejemplo del redescubrimiento de América que realiza la pública opinión italiana en la segunda mitad del siglo XIX. Esta imagen debía servir no tanto a los potenciales emigrantes, en su inmensa mayoría campesinos, sino más bien a la burguesía italiana que, abriendo las compuertas de la emigración, veían no sólo la posibilidad de una expansión de la economía italiana, sino también, y especialmente, una válvula de escape de la creciente proletarianización de las masas campesinas no susceptibles de ser absorbidas por las áreas urbanas italianas. Servía, además, para desarrollar un sentimiento nacionalista que podía alimentarse exaltando el papel civilizador y misionero de los italianos, apenas reunidos en una sola nación. El optimismo de Mantegazza es el mismo que está presente en la burguesía italiana, que ha participado activamente en la reunificación del país.

\* \* \*

Si uno de los méritos de la obra de Mantegazza fue su participación en la empresa cultural orientada a despojar la imagen italiana de las Américas del exotismo que la rodeaba y a acercar culturalmente Italia a Argentina, el mérito principal de la obra es sin em-

bargo otro: el de eliminar la dimensión mítica de la imagen italiana de Canarias. Esta empresa era de importancia estratégica, por cuanto por Canarias transitaban —como se ha dicho— en ambos sentidos, los emigrantes italianos a América. En efecto era necesario asegurar a la opinión pública italiana que este tránsito de los emigrantes no era una ocasión de desvío de la destinación final.

En Canarias Mantegazza se detiene en su viaje de regreso. Nos cuenta cómo el barco que lo transportaba llevaba varios pasajeros enfermos de fiebre amarilla, epidemia muy frecuente en los barcos provenientes de Río de Janeiro donde, en efecto, se embarca nuestro autor. Se apresura asegurar que en Canarias los controles sanitarios son severos y que los desembarcados deben hacer un período de cuarentena en el lazareto de Tenerife.

La parte relativa a Canarias abarca seis capítulos, que en la tercera edición cubren 108 páginas; para escribirlos, Mantegazza utilizó, además de la observación directa, una bibliografía de 54 títulos que comprende obras de arqueología, de historia, de geografía, de geología, de botánica, y, en fin, varios diarios de viaje. De estos títulos algunos se hallaban, en el momento que escribe Mantegazza, inéditos.

Este esfuerzo de documentación contrasta notablemente con las fuentes de información utilizadas para Argentina y Paraguay, países para los cuales solo ocasionalmente hace uso de bibliografía, sirviéndose especialmente de la observación directa y de las estadísticas oficiales. Posiblemente Mantegazza pensaba escribir un amplio estudio sobre Canarias, lo cual explicaría este interés bibliográfico.

Sintetizando al máximo, se puede decir que Mantegazza describe la historia, la geografía, la economía y la demografía de Canarias. El conjunto de la información le sirve esencialmente para caracterizar lo que a su juicio es el elemento central: el tipo humano de Canarias. En efecto, de los capítulos dedicados a Canarias, la mitad describen el habitante de Canarias a la luz de sus precedentes históricos. Este interés es confirmado por el mismo Mantegazza: «Durante el regreso [de una excursión], mas que del paisaje, me interesé de los campesinos, de los medianeros y de los otros habitantes de todo sexo y condición que encontré en mi camino» (p. 505).

El resultado de su análisis es su descripción de los canarios, que se caracterizan por «tener un carácter dulce y amable; son hospitaleros, de costumbres simples, religiosos» (p. 505); y lamenta como las costumbres «que hace algunos años tenían mucho sabor de originalidad en el archipiélago canario, van desapareciendo o se refugian en los valles internos o en sus montes más lejanos» (p. 506). Añade



que se pierden así los antiguos juegos de lucha atlética, mientras se difunden entre lo que él llama «la juventud más ociosa y menos educada las riñas de gallos y los juegos de azar, aprendidos en la emigración a Cuba, o más raramente en el continente americano» (p. 506).

Así pues el elemento central y caracterizante de Canarias es la población rural, el campesinado, aunque haya a lo largo del libro algunas observaciones impresionistas de las ciudades, de la población urbana y de los habitantes acomodados. El interés central del autor es así descrito: «Dejando a un lado los ricos habitantes de las ciudades, que nivelados por la inexorable moda francesa tienen una fisonomía poco característica, quedan los agricultores y los pescadores que forman la parte principal del pueblo canario (pp. 477-78). Se puede entonces decir que su interés central es la especificidad del pueblo canario, la cual se presenta mejor entre los campesinos.

¿Cuál es esta especificidad? La respuesta de Mantegazza es unívoca: el pueblo canario es un pueblo mestizo. Para mostrar esta característica básica nuestro autor explora la historia de Canarias antes de la conquista española y dice «poco nos importa disipar la neblina mitológica que nos oculta el bautismo de los Guanches. Nos importa mucho más dibujar a grandes rasgos el carácter y las costumbres de un pueblo que se extinguió con tanta gloria bajo la cruel invasión española dejando a los hijos de los conquistadores la herencia de la sangre que por vía uterina pasó a las nuevas generaciones» (p. 519). La historia de Canarias de antes y después de la conquista española es un modo, como cualquier otro, para describir las características de la población actual. Sintéticamente, a través del análisis histórico, Mantegazza llega a las siguientes conclusiones sobre la población guanche «Los indígenas de Canarias nos presentan un extraño contraste entre el carácter de gran dignidad, virilidad, de línea romana, y la vida material apenas un poco más avanzada de la de los indios más estúpidos de las Américas o de Australia». Agrega más adelante que se trata de un pueblo «que tenía una moral más elevada, que sentía el amor de patria como los héroes de la antigua Grecia, que de la religión tenía un exquisito sentimiento de poesía, no navegaba, no escribía, no había sabido buscar en el cercano continente africano los metales y los animales, es decir, todo lo que faltaba en sus islas de lava y obsidiana y pobres de todo el resto. Provenientes de una raza inteligente, pero aislados por muchos siglos del mundo civil, apegados tal vez por un fatídico juramento a su roca, habían conservado las tradiciones morales y religiosas de una raza superior; pero no movidos por la ola emigratoria, no movidos por conflictos con otros pueblos se habían mumificado; habían parado

las horas y el movimiento de su reloj. Hijos de padres sabios, permanecieron niños perpetuos, porque no habían recibido el bautismo de la educación. En el siglo XV eran momias vivientes de la edad antigua; eran todavía los cofti de Heródoto» (pp. 533-34).

De la civilización tribal guanche, de origen bérbera, quedan pocos restos. Mantegazza escribe «Los hijos de los conquistadores de las Canarias no repiten que algunas palabras del pueblo conquistado, pero continúan algunos usos y costumbres». En efecto «el campesino de Tenerife come todavía el gofio de los guanches y en Chasma se fabrica todavía hoy en día la manteca. Los vasos de cerámica que se hacen a Candelaria parecen sacados de las tumbas funerarias del pueblo extinguido (...) se pesca aún con el jugo de la euforbia y con las teas se invita todavía el pescado a acercarse a la red y al arpón. El pastor es todavía ágil como una gamuza y todavía se apoya en una lanza desmesurada. Todavía silba como los guanches y su carcajada ruidosa recuerda los alaridos de sus padres. El trofeo de palmas y las flores que se echan al suelo, y las luchas se practican aún. El tamarco se ha transformado en manta, las calcetas sin suelas son las hirmas, y los zapatos del campesino son muy similares a los xercos. La agilidad, la fuerza, la sobriedad, el amor a la música y al baile, la hospitalidad, el respeto por la vejez y por las autoridades pasaron de generación en generación, y el moderno canario de los campos, que ignora tal vez la existencia de los guanches, que habla solamente español, siente correr en sus venas una sangre que no ha venido toda de España. Ellos podrían enorgullecerse de descender de aquellos bárbaros, «qui estoient si remplis de vertus naturelles et d'honneste simplicité», como nos dice el antiguo cronista Bergeron». Concluye: «En la sangre de los vencedores coló de rica vena también la sangre de los vencidos, aportando el tesoro de los músculos robustos y de una espartana dignidad» (p. 545).

Obviamente, no sólo el origen y la evolución histórica explican las características de sobriedad de los campesinos canarios, que tanto impresionaron a Mantegazza. En efecto, en una excursión pidió a su guía, un campesino canario, un poco de leche y quedó muy maravillado cuando éste le contestó «Yo no tengo ni una cabra, porque soy muy pobre», declaración que le permite introducir la descripción de la dieta alimenticia de un campesino que «vivía de gofio recogido en su terreno, y de vez en cuando comía pescados salados de la costa africana» (p. 503).

Según Mantegazza la sobriedad es también debida a la pobreza del suelo. La tierra a Tenerife es cosa preciosa y escasa; cada día

los ríos se la llevan al mar, y los bosques destruidos en gran parte no la detienen más» (p. 478). Así «Es dura fatiga la de tener terreno en algunas partes de aquella isla», con el resultado que el terreno agrícola es el producto del trabajo del campesino. Es el campesino quien fabrica el terreno y lo hace con «picos y palos de fierro y rompe las rocas o en el profundo de las hendiduras busca la tierra con la ávida avaricia de un buscador de oro y, mezclada a la lava triturada, la coloca en el lecho de las rocas y la sostiene con murallones de piedras, sembrando en aquel terreno creado por él sus cactus, su maíz, su cebada» (p. 478).

Es esta capacidad de sobrevivencia de los campesinos la que explica como con la crisis de la viticultura, que Mantegazza explica por la epidemia de oidio iniciada en 1853, se abrió el camino a la producción de cochinilla, producida hasta entonces en México —en la región de Oaxaca en especial— y en la India. En 1831 la producción canaria de cochinilla fue estimada en 8 libras, fue de 77.041 libras en 1840, de 782.670 libras en 1850, de 1.135.912 en 1855 y de 1.501.716 en 1856. Ya en el decenio de 1860 este producto entra en crisis; la difusión de las anilinas industriales empuja a los campesinos canarios a la cultivación del tabaco (p. 480).

No obstante todo, la producción agrícola es reducida: «Los habitantes de Tenerife y de las otras islas emigran frecuentemente a América, como consecuencia de la avaricia del pobre suelo patrio e invitados por la azul llanura, que está en frente de ellos cada hora del día. Y así se van alegres y serenos a La Habana y al Río de la Plata, donde yo conocí algunos que practicaban la agricultura, en la que son expertísimos. Son estimados por honestos, y para cuidar una quinta o un jardín se busca siempre un canario, casi como esta palabra fuese sinónimo de hábil agricultor. Apenas han juntado un modesto patrimonio vuelven a sus montes y a sus valles, contentos en comer su gofío recogido en sus tierras» (p. 560).

Como puede verse, la imagen de Canarias que Mantegazza transmite al lector italiano es la de un archipiélago pobre, poblado por una población mestiza prevalentemente dedicada a la agricultura y proyectado, a través de la emigración, hacia América. No se trata más de las Islas Afortunadas donde colocar una *rêverie*, sino un territorio similar a tantas regiones italianas, donde la pobre agricultura empuja a emigrar. Canarias, donde pasaran los emigran italianos en su viaje a América, es la frontera de los países de emigración.

Por lo que se ha dicho, la obra de Mantegazza presenta un interés indudable, pues muestra en términos nuevos no sólo las áreas sus-

ceptibles de captar el flujo emigratorio, sino también las áreas —como Canarias— por donde transitan los flujos emigratorios. Es a través de obras como *Río de la Plata e Tenerife que se abre camino un conocimiento objetivo de las áreas extraeuropeas en Italia, provocando el progresivo desaparecimiento de las viejas imágenes.*

